

El número de víctimas varia en opinión de autores y aunque algunos hay que lo suponen de 80,000, las pinturas auténticas (Códices Telleriano y Vaticano) lo fijan en 20,000, número crecidísimo y que revela todo el fanatismo de aquel pueblo y la barbarie de aquella religión ¹.

A pesar de la autoridad que tienen las citadas pinturas, no es posible admitir el número que señalan, porque constando que los sacrificios duraron cuatro días, que durante ese tiempo se sacrificaba desde la salida hasta la puesta del sol, 13 horas, y que sólo había cuatro sacrificadores, suponiendo que únicamente durara cinco minutos cada sacrificio, no habría habido tiempo para sacrificar más de 2,496 hombres. Aun en el caso de que durase cada sacrificio menos de cinco minutos, no es posible que el número de las víctimas haya excedido de tres á cuatro mil. Tal vez las dos figuras xiquipilli que equivalen á 16,000 representadas en la pintura, fueron puestas equivocadamente por los copiantes del Códice Vaticano y del Telleriano y aun así lo hace suponer la circunstancia de que el intérprete del segundo, sólo cuenta las cifras representadas por las 10 figuras del tzontli, pues al explicar tal pintura dice textualmente: « Año de 8 cañas y de 1487 de nuestra cuenta, se acabó de perfeccionar el Cú grande de México. »

« Dizen los viejos que se sacrificaron en este año 4,000 hombres traydos de las provincias que havian sujetado por guerra, por cada ramito de estos negrillos que están encima dan á entender el número de 400. » (Lord Kingsborough, *Antiquities*.)

Con tan inmenso número de cadáveres, con tan abundantes torrentes de sangre, que untlaron en la mayor parte de los edificios, y la aglomeración de tanta gente, la ciudad tomó un aspecto horrible y se vió envuelta en una atmósfera hedionda y mortífera.

Suceso tan extraordinario se verificó el día 19 de febrero de 1487.

Y como si tamañas pérdidas no satisficieran, apenas concluida la funesta hecatombe, se prosiguieron las guerras contra Teloloapan, Oztomán, Chiapán, Cuauhtla, Tecuantepec y Quauhtemallán, provincias todas que sujetó á su reino, ayudado por los reyes aliados y

1. David quiso edificar un gran templo al Señor y le fué prohibido, porque aunque en leales y justas guerras, había derramado mucha sangre; y por tal motivo fué reservada esa satisfacción al pacífico Salomón.

por el valor de algunos generales entre quienes se distinguieron Tiltitl y Motecuhzoma Xocoyotzin.

En tiempo de este monarca se descubrieron algunos criaderos de cantera, que contribuyeron mucho al embellecimiento de la capital; murió el segundo rey de Tlacopán, Chimalpopoca, siendo nombrado para sucederle Totoquihuatzin II; se descubrió la América por Colón, y en 1499 se verificó la segunda inundación, á consecuencia de la cual estando el monarca en un cuarto bajo, en el que entró el torrente inundador, por salir violentamente se dió en la frente un gran golpe en la pequeña puerta, del que no llegó á sanar y le ocasionó la muerte en el año de 1502.

CAPÍTULO VI

Motecuhzoma II. — Sus campañas y conquistas. — Su corte. — Supersticiones y presagios. — Estado en que encontraron los españoles las naciones de Anáhuac. — División territorial, pablación y costumbres.

En su lugar fué nombrado MOTECUHZOMA (*señor sañudo y respetable*) XOCOYOTZIN (*el joven*) que contaba entonces treinta y cuatro años de edad y era hijo de Axayacatl que le puso ese nombre en memoria de su célebre abuelo.

Había sido soldado, y por sus proezas había alcanzado el supremo grado de tlacochealcatl, y después se había entregado al sacerdocio, siendo á la sazón sumo pontífice, y como viviera en una casa contigua al templo, el pueblo creía que se comunicaba con Huitzilopochlli, de donde en gran parte provenia el respeto con que se le miraba ¹.

Un completo cambio se operó en Motecuhzoma con su exaltación al trono, pues de humilde que era se convirtió en soberbio y des-

1. Grande influencia ha ejercido siempre el espíritu religioso, y por eso Numa Pompilio hacia creer á los Romanos que sus leyes se las inspiraba la ninfa Egeria, y Sertorio logró persuadir á los españoles que su cervatilla blanca era mensajera de Diana.

tituyó de todos los empleos á los que los habian servido en el reinado de su tío Ahuizotl, sustituyéndolos con jóvenes de la nobleza; pues declaró inhábiles á los plebeyos, estableciendo con eso una verdadera aristocracia.

Para adquirir prisioneros á fin de sacrificarlos en su coronación, llevó sus armas contra las provincias de Nopalla é Icpatepec, á las que venció, trayendo multitud de victimas destinadas al sacrificio.

Cuatro días duraron las fiestas de la coronación, después de los cuales se hizo una excursión á Atlixco, que como de costumbre, fué favorable á los mexicanos, que cada día más engreidos con sus triunfos declararon entonces la guerra á Malinal, señor de Tlachiquauhco en la Mixteca, sólo porque no quiso regalar á Motecuhzoma un árbol de hermosas flores que sólo él tenía y que se llamaba *tlapalizquioxochiltl*; habiendo expiado con la vida su impolítica repulsa.

En 1504 se verificó la célebre campaña de Tlaxcallán: tiempo hacia que por motivos de rivalidad se aborrecian ambas naciones, y México acostumbrado á no encontrar resistencia en sus más caprichosas pretensiones, declaró por fin la guerra.

Un numeroso ejército mandado por Tlacahuepán, hermano del emperador, invadió á la república; pero los tlaxcalteca que estaban preparados para la lid con anticipación, opusieron una vigorosa resistencia cerca de Tetella, donde sorprendieron al ejército invasor logrando derrotarlo y dar muerte á su valiente general.

Profunda indignación causó tan semejante fracaso, así es que trató de repararse enviando á Tlaxcala nuevas y más numerosas tropas; pero el valor de los tlaxcalteca y el sentimiento de independencia que los animaba les dieron nuevo triunfo.

Después de estos desastres tuvieron los mexicanos que sufrir al siguiente año una grande escasez de semillas; pero á pesar de eso emprendieron guerreras expediciones contra algunas provincias de Cuauhnahuatlán, de Coaixlahuacán, de Zozolla, de Huexotzinco, de Ixtlán y otras, que tuvieron un feliz resultado.

Reedificó Motecuhzoma el acueducto de Chapoltepec, y construyó un nuevo templo destinado á todos los dioses de la tierra, por lo que le llamó *Coateocalli*, casa de diversos dioses.

Hizo todavía una tercera campaña contra Tlaxcala arrojando de la provincia de Huexotzinco á los guerreros de aquella república y tomado prisionero al famoso Tlalhuicole, guerrero de hercúlea fuerza

y de prodigioso valor; fué llevado á México, donde se le llenó de consideraciones y aun se le dió á los pocos años el mando del ejército que fué á hacer la guerra al rey de Michihuacán, en cuya campaña quedó indeciso el triunfo, y por último pidiendo empeñosamente el sacrificio gladiatorio, único medio honroso que existía para que un cautivo pudiese volver á su patria, se le concedió, y aunque mató á seis competidores ó hirió á veinte, no pudo librarse de morir en las sangrientas aras de Huitzilopochtli.

Motecuhzoma cada día robustecía su tiranía, ya mandando que todos los señores feudatarios del imperio, por lejanos que estuviesen, tuvieran establecida casa en la capital para que allí quedaran sus hijos en rehenes de su fidelidad; ya imponiendo onerosísimos tributos á sus súbditos; ya haciendo las más injustas guerras y derramando inútilmente la sangre mexicana, ya en fin, dilapidando las rentas del imperio y adoptando un ceremonial ominoso; pues nadie podia entrar al palacio sin descalzarse, ni tampoco permitía que nadie se le presentara con trajes lujosos, así es que los nobles y señores tenían que cubrir sus vistosos adornos con toscas telas para manifestar su humildad y respeto; los que se le presentaban para tratar algún negocio, antes de dirigirle la palabra le hacian tres profundas caravanas diciéndole con reverencia *Tlatoani* (señor), *Notlatoani* (señor mio) y *Hueitlatoani* (gran señor). Le hablaban sin levantar los ojos á verlo, y al retirarse les era prohibido darle la espalda ni por un instante, porque cualquiera desacato lo castigaba con pena de muerte ¹.

Sus palacios eran suntuosos; el en que habitaba era una reunión vasta de edificios de piedra y tetzontli adornados con mármol y tecalli, en cuya fachada se hallaban esculpidas sus armas reales, que consistían en una águila con un tigre entre las garras. En el interior habia tres grandísimos patios, más de cien salones, otros tantos baños con jardines y todo género de adornos de oro, plata,

1. Deyoces ó Deyoceto, legislador de los medos y fundador de la monarquía medo-bactriana en el siglo viii a. J. edificó la ciudad de Ecbatana, cinéndola de siete murallas, y posesionado del mando absoluto estableció un gobierno tan despótico que encerrado en su serrallo no se dejaba ver sino de los oficiales del palacio, á quienes debía dirigirse el que tuviese negocio, y castigaba con la muerte al que reía, ó escupía en su presencia.

tapicería de algodón y de mosaico de plumas, pieles, flores y perfumes. En su servicio tenía destinadas á tres mil personas y su trato correspondía á tal magnificencia; se bañaba diariamente y se cambiaba ropa cuatro veces, sin volverse á poner la que una vez había usado, que se distribuía entre sus servidores; comía al medio día y cenaba al anoecer: en una gran mesa cubierta con manteles muy finos de blanquísimo algodón, se le ponían hasta cien viandas, cada una en un brasero para que no se enfriase. El rey, sentado en un mullido almohadón, señalaba con una varita de oro los manjares que deseaba, permaneciendo en pie entre tanto, el mayordomo, las esposas, los bufones y los músicos; la loza era de barro de Cholula, con excepción de las copas y vasijas que eran de oro y plata, sirviéndole la mesa trescientos jóvenes.

Tenía además palacios para recreo en Chapoltepec, para habitar en sus duelos, para cada uno de los reyes aliados y para sus huéspedes nobles; pero entre todos ellos se distinguía su magnífica casa de fieras. Era ésta un grande edificio con un hermoso patio y cuatro departamentos; en el primero tenía todos los cuadrúpedos feroces conocidos en Anáhuac, como tigres, leones, lobos, etc., que estaban en jaulas de madera, y á los cuales daban de comer liebres, venados, techichis, y los intestinos de las víctimas; en el segundo se encontraban todas las aves de rapiña á las que se daban de comer 300 guajolotes diarios; en el tercero estaban las serpientes y demás reptiles, y en el cuarto los anfibios de todos géneros, que al efecto se guardaban en adecuados estanques.

Á más de esto, tenía otra casa de aves de todas especies, á las que se alimentaban con granos, moscas, insectos y peces, siendo tantas, que para dar de comer sólo á las que por su naturaleza se alimentaban de peces, se empleaban diez grandes canastos diarios.

Tenía también un verdadero jardín de aclimatación, en el que conservaba las plantas más raras y diversas, y una casa de hombres deformes, dedicando á más de quinientos sirvientes, para el cuidado de estos museos.

Moteczuzoma, que era profundamente supersticioso, pasó sus últimos años agobiado por los más desconsoladores presentimientos; pues recordando las profecías de Quetzalcoatl, de que habrían de llegar del Oriente hombres blancos á enseñorearse de la tierra, creyó que era llegado el tiempo de su cumplimiento por los muchos agujeros

que entonces se hicieron. Hubo en este reinado dos eclipses de sol y aparecieron dos cometas en 1516 y 1518; se sintió un fuerte terremoto y se vió en el año de 1510 por muchas noches consecutivas una gran luz por el Oriente en forma de nube luminosa.

Atemorizado con este fenómeno llamó Moteczuzoma al sabio Nezahualpilli para que le diera la explicación del suceso, que fué interpretado por el rey de Texcoco como la señal de que poco tiempo debían durar con el mando soberano, pues habrían de ser despojados por hombres extraños. Fué tanto el asombro que causó esta explicación al rey mexicano, que Nezahualpilli le ofreció demostrarle su exactitud, apelando al éxito en una partida de juego de pelota, pues convendría en que era falsa su profecía siempre que en ella fuera vencido por el azteca; pero tan seguro estaba de que era verdad cuanto había pronosticado, que en caso de perder la partida se obligaba á ceder su propia corona de Acolhuacán en favor de Moteczuzoma. Aceptada la idea, el éxito del juego fué favorable á la funesta interpretación, con lo que quedó profundamente abatido el supersticioso rey.

Plenamente comprobado este hecho por las pinturas y las más respetables tradiciones y autoridades, aunque á primera vista parece increíble, no hay razón alguna para tenerlo por tal, pues como ya en 1509 había desembarcado en Darién Alonso de Ojeda, y se habían ya tenido algunos combates en el continente entre europeos y americanos, lo más natural era que por medio de los mercaderes de las provincias de Quauhtemallán, Xoconochco y Yucatán, hubiesen llegado ciertos rumores á los oídos del rey de Texcoco, y aun á los de muchos indigenas que, debido á esto, extendieron en forma de pronósticos aquellas vagas noticias.

Desde entonces fueron tomados todos los fenómenos que no podían explicar, como anuncios de la ruina de aquellas naciones, y así se consideró la caída de una gran piedra, que no debe haber sido otra cosa que un aerolito; el incendio de las torres del templo y otros sucesos que indudablemente deben colocarse entre las posteriores invenciones de la gente crédula.

Otro de los sucesos notables que en aquella época se verificó, fué el de la resurrección de la princesa Papantzín, hermana de Moteczuzoma y viuda del gobernador de Tlatelolco. Habiendo muerto á fines de 1509, fué sepultada con la mayor pompa en una cueva ó gruta

que estaba en el jardín de su palacio; pero al siguiente día una niña pequeña á quien la princesa le habló cuando pasaba por el jardín, fué por encargo suyo á hablarle á su madre diciéndole que le hablaba Papantzin; ella no creía lo que su hija le contaba, pues le decía que la víspera la habian enterrado; pero por complacerla fué al lugar de su sepulcro y cayó desmayada de sorpresa al verla sentada sobre uno de los escalones del estanque. Ocurrió gente, y después que llamaron á Nezahualpilli y á Motecuhzoma, les refirió que tan luego como perdió el sentido se encontró en una gran llanura, en medio de la cual estaba un camino con diversos senderos en uno de cuyos lados corría un gran río. Que al quererse arrojar á sus aguas se le presentó un joven vestido con un ropaje largo, blanco como la nieve y brillante como el sol, con dos alas de hermosas plumas y con una señal (la de la cruz) en la frente, quien tomándola de la mano le dijo: « Deténte, aun no es tiempo de pasar este río », y llevándola por las orillas vió en ellas muchos cráneos y oyó muchos quejidos; que entonces volvió los ojos á un lado y vió varios barcos con hombres blancos, barbudos y que tenían estandartes en las manos. Que en ese instante le dijo el joven: « Dios que te ama aunque no le conoces, quiere que vivas para que veas lo que va á suceder; los clamores que has escuchado son de tus antepasados que se hallan atormentados por sus culpas, y los hombres que ves, son los que llegarán á estos países y se harán dueños de ellos, trayendo la noticia del verdadero Dios. Así que concluya la guerra, tú serás la primera que recibas el baño que lava los pecados. » Desapareció el joven y que se encontró ella vuelta á la vida.

Crece lo maravilloso de este suceso, al saberse que positivamente la princesa fué la primera que se bautizó en Tlatelolco recibiendo el nombre de doña María Papantzin; pero es probable que á un caso de catalepsia, interpretado antes de la conquista, se le hayan añadido detalles con posterioridad.

Semejantes interpretaciones que corroboraban las profecias antiguas de Quetzalcoal, ejercieron en el ánimo supersticioso del monarca la más funesta influencia, por lo que no se consideró capaz de contrariar la voluntad de los dioses, y de esta suerte no opuso á los conquistadores la resistencia que debía y que por entonces habria hecho fracasar el intento de Hernán Cortés.

Los últimos sucesos de la historia antigua están tan ligados con

los de la conquista, que los reservo para cuando de ella trate y antes voy á dar una idea de los otros pueblos que habitaban en la república, así como de sus usos, costumbres, división geográfica y población.

Á la llegada de los conquistadores en el territorio de la República Mexicana encontraron el floreciente imperio azteca que con los reinos de Acolhuacán y Tlacopán, las repúblicas de Tlaxcala, Cholola y Huexotzinco y el señorío de Metztitlán, formaba el país de Anáhuac que lindaba por el Norte con las tribus bárbaras de los otomies ó tonca y de los chichimeca; al Sur con las aguas del Océano Pacífico; al Sur Este con las provincias de Xoconochco y Quauhquemallán; al Oriente con el Golfo y provincias de Coatzacoalco, y al Occidente con el reino de Michihuacán.

Al occidente del Zacatollán se hallaba el reino de los tarascos llamado Michihuacán, y más al Occidente aún, lindando con los mares en que se oculta el sol, estaba el reino de Xalisco ó monarquía chimalhuacana con sus diferentes tactoanazgos independientes.

Esta vasta extensión territorial, en la que se hacen sentir las variaciones del clima, desde el de tierra caliente en las costas, hasta el de la tierra fría, en la mesa central, está recorrida por la sierra madre que prolongándose hacia la América meridional, va á formar la cordillera de los Andes.

En esa sierra descuellan por su altura el Popocatepetl (*cerro humeante*) que mide sobre el nivel del mar 5,420 metros; el Citlaltepetl (*montaña reluciente*) 4,910; el Ixtazihuatl (*mujer blanca*) 5,295; el Poyauhtecatll ó Pico de Orizaba; el Nappateuctli (*montaña cuadrada*); el Matlacueye; el Xinantecatll (Tolocán); el Tenzón; el Tochtlán y el Colimán.

Riegan sus vegas los rios de Papaloapán (*de las mariposas*), Coatzacoalco (*donde se oculta la serpiente*) y Chiapan (Grijalva), que desembocan en el Golfo, y los de Tecuantepec, Xopes, Zacatollán, de Tololotlán que llevan sus aguas al Pacífico: contándose entre los principales lagos los de Texcoco, Tenochtitlán, Chalco, Xaltocán y Tzompango en el valle de México; el de Tochtlán en las regiones del Coatzacoalco, el de Tamiagua en Veracruz; el de Pátzcuaro en Michihuacán y el de Chapalán en sus linderos con Xalisco.

La población que se contaba entonces no bajaba de diez y seis millones, que fueron reduciéndose hasta la tercera parte en tiempos

poco posteriores, a consecuencia de las guerras de la conquista, de los muchos que murieron por el trabajo excesivo que en las minas les imponían los conquistadores; de los muchos que se remontaron a las sierras por tal de conservar su libertad, y finalmente por los grandes desastres que causaron en la raza indígena las terribles epidemias del mallazahuatl¹.

La Providencia prodigó sus dones al continente americano de tal suerte, que no sólo dióle un clima benigno y variado, propio para todo género de seres, un cielo azul y transparente, cristalinos lagos, ríos caudalosos adecuables a la navegación y fertilísimas tierras, sino que encubrió en su seno los más ricos tesoros y en su superficie colocó una abundante fauna y hermosos y variados bosques, cual en ninguna otra parte del mundo se conocen.

Es indudable que en un principio existieron en México los animales domésticos que tanto sirven a la humanidad, y que por falta de cuidado y de aprecio se destruyera su especie por los animales carniceros, pues existen en el museo maxilares y otros huesos de caballos, toros y llamas fósiles, pero en los tiempos de que se trata sólo se conocían el perro (*techichi*), el mono (*ozomalli*), el tigre (*ocelotl*), el león (*miztli*), el venado (*mazatl*), el zorrillo (*epalt*), el conejo (*tochtli*), la liebre (*citli*), el armadillo (*azotochtli*), el galo montés (*pachuli*), el camaleón (*tapayaxin*), el *tlacuatzin*, el jabalí (*coyamell*), el tealeoyotl, la marta (*ocotochtli*), el *coyotl*, el lobo (*cueltachtl*), el tapir, la ardilla (*calfechalote*), la *totzin*, el cacomixtle y otros. Entre las aves las principales eran el águila, el cuervo, el gavilán, el halcón, el perico, la garza, la codorniz, la perdiz, el avión, la urraca, el faisán, el colibrí, el pavo, el carpintero, la chachalaca, el tordo, el cisne, el

1. Escritores muy autorizados aseguran que la población no podía pasar de dos millones, fundándose en el atraso en que se encontraba la agricultura, que no permitía por eso sustentar a mayor número; pero no sólo dan testimonio de mi aserción los conquistadores y los misioneros de entre quienes únicamente el P. Motolinía bautizó a 400,000 indios, sino también las pinturas azteca, pues la matrícula de los tributos revela una crecidísima población. Además los mexicanos eran excesivamente frugales y todavía hoy en las campañas de 1861 y 1873 pudo notarse que mientras los soldados del Gobierno no podían vivir ni una semana en número de mil, los indios seis veces más numerosos vivían por meses enteros sin más alimento que algunos puñados de maíz asado.

pelicano, el buho, la grulla, la golondrina, el áusar, la lechuza, el pato, el avestruz, el saltapared, el aura y otras muchas, distinguiéndose por su canto notable, el incomparable cenzonle (*cenzonlatolli*, cuatrocientas voces), el jilguero, el clarín de las selvas, la calandria, el gorrión, el cuilacocho, el mirlo (*el chiquimolli*) y la paloma en sus muchas variedades. A los peces de mar llamaban *tlucamachi* ó peces grandes y para alimento usaban las anguilas (*coamichi*), la tortuga (*chimalmichi*), el *tochimichi* ó ave pez; el *papalomichi* ó pez mariposa; el *amilotl* ó pescado blanco; el topotli, el vagre; el *micheacuan* ó charal, etc.

Abundaban las maderas preciosas siendo las más usuales la de los árboles de pino, sauce, encina, fresno, nogal, roble, ébano, abeto, ciprés, cedro, mezquite, caoba, linaloé, palo dulce, granadillo, ceiba, tepehuaje, anacahuíte, cirimo y ahuehuate y por sus flores apreciaban los indígenas el *yoloxochitl flor del corazón* ó magnolia, el floripondio, el tabachin, el *coatzontecoxochitl* ó *cabeza de víbora*, el *oceloxochitl* ó *flor del tigre*, el *cempaxochitl* ó *flor del cementerio*, el *cacaloxochitl* ó *flor del cuervo*, el *izquioxochitl*, el *xiloxochitl*, el *macpaxochitl* y otras.

Los mexicanos cultivaban el maíz (*centli*), el frijol (*etl*), el cacao (*cacahuatl*), el chile, el tomate, el gitomate, la chia, la vainilla, el algodón, el chayote y su raíz, la calabaza, la cebolla, el ajo y otros menos importantes, y entre las frutas indígenas se cuentan el coco, el dátil, el piñón, el plátano, la nuez, la ciruela, el arrayán, la guayaba, el ahuate, el mamey, el tzapote blanco, negro, chicozapote y melón zapote, la piña, la chirimoya, la anona, el capulín, el ahuilote, el juaquiquil, el huamúchil, el mezquite, el cacahuete, el nanche, el tejocote, el jocuixtle, el camote, la xicama, la pitajaya, la pitahaya y las muchas variedades de tuna.

Para sus comidas usaban además la sal (*iztatl*), el *tequixquilt*, la miel de abejas, xicotes y avispas, y del magney (*mell*), así como el azúcar que extraían de las cañas de maíz y de alguna otra especial.

Se componían las comidas de los nobles, de diversas clases de tortillas de masa de maíz sola ó amasada con huevos ó con miel; de unos bollos ó panes ahojaldrados; de tamales de muy variados modos; de asados de pavo, codorniz, venado, liebre, etc.; de empanadas de diversas aves; de guisos de pepían, de chimolli y de chilli; de pescados con chile amarillo ó colorado y tomates; de ranas con

chile verde; ajolotes con chile amarillo; de hormigas con chiltepeictl; de langostas y gusanos de maguey con chilltecpimolli; de camarones con tomates; de pescados grandes en salsa; de frijoles, xilotos, camotes cocidos, atole, necuatole ó sea atole con miel, cuahuexatolli ó atole con harina y tequesquite; cacao hecho con miel de abejas, con *veinacastli* ó con *tlitrochiltl* ó vainilla, etc., etc.

Se alumbraban con rajas de ocote y con teas ó velas de la cera ó goma llamada copalli en las casas de los ricos.

En las habitaciones de la clase acomodada, que estaban todas alfombradas con esteras, y tapetes de pieles y de plumas, había cómodos icpalli forrados de mantas de colores, doseles de pluma, camas formadas por esteras encimadas, mosquiteros ó sopladores de plumas vistosas, tinajas de piedra ó barro para guardar el agua, vasijas, y loza, metates, jicaras, tecomates y otros varios utensilios.

Se servían del tabaco (*yettl*); del papel (*amatl*), que fabricaban de las fibras del maguey para pintar sus jeroglíficos y para diversos adornos; del *ulli* ó goma elástica y del ámbar.

A fin de producir las tinturas con que pintaban sus trajes, casas y adornos, se valían para dar el color rojo de la cochinilla, de la grana silvestre y del palo Brasil; para dar el amarillo claro de unas yerbas y de una piedra molida llamada *tecocauitl*; para el azul oscuro del *xihquihuitl*, y para el claro de unas flores de ese color; para el blanco del *tizaté*; para el morado de la grana mezclada con alumbre, etc.

Usaban del oro, que sacaban de las provincias de la Mixteca, de los cohuixcos y de los zapoteca, así también como lo recogían en grano de las arenas de algunos ríos; de la plata, del cobre, del estaño, del plomo, del azogue y de algunos otros metales; sirviéndose para sus adornos de piedras preciosas que había en abundancia, como la amatista, la esmeralda (*quetzalitzli*), el rubí (*tlapalteoxihuitl*), el ópalo (*quetzalitzepiollotli*), las turquesas (*teoxihuitl*), el zafiro (*xihmatalixtli*); el cristal de roca (*tehuilottl*), las sanguinarias (*estettl*) y piedras verdes (*chalchihuitl*); así como de hermosas perlas á que llamaban *epiolotti* y del coral.

En general los mexicanos eran de buena índole y buenas costumbres; enemigos del embuste y de la embriaguez, les destruían sus casas á los que se excedían en la bebida de licores, manifestando con eso que los creían indignos de vivir en sociedad. Eran humanos, laboriosos, inteligentes y aptos para todas las artes; tenían en

grande estima el matrimonio y les era prohibida la poligamia, aunque los reyes y grandes señores tenían muchas esposas¹; educaban á sus hijos con esmero inculcándoles buenas ideas y acostumbrándolos al trabajo. Todavía hoy tienen una constancia y resignación heroicas: son fieles en sus afectos, aunque muy suspicaces y desconfiados, muy apegados á sus costumbres y á sus usos, lo que les impide el progreso; no se distinguen por su inventiva, pero son habilísimos para imitar; discurren con solidez si bien con tardanza y carecen de imaginación.

Los hombres usaban un traje formado de tres piezas: la manta ó tilmallique era una tela cuadrangular que por uno de sus extremos se ataban al pecho ó al cuello, cayendo en derredor del cuerpo hasta las pantorrillas; el *maxtlatl* ó faja, con la cual se liaban las caderas cayendo sus puntas anudadas por detrás y por delante, y los *cactli* ó zapatos, que consistían en suelas de cuero atadas á los pies por correas. Las mujeres se vestían con un *huipilli* ó camisas sin mangas que les bajaban hasta las piernas, poniéndose unos encima de otros, todos distintos y unos más largos que los demás para dejar ver las labores de diversos colores que cada uno tenía; con unas enaguas ó *cueitl* que les llegaban á los tobillos, y los *cactli*. Sus leyes suntuarias prohibían á los plebeyos usar otras telas que las hechas con pita ó algodón basto, y determinaban los colores, finura de los tejidos y adornos que debían emplearse por cada una de las clases de la nobleza. Los Señores se ataviaban con unas dos borlas de plumas guarnecidas con oro que traían atadas á los cabellos y con un gran plumaje en la espalda; en los brazos se ponían ajorcas de oro, en el cuello sartaes de piedras preciosas y perlas; en la nariz y las orejas turquesas y argollas de oro, bandas de plumas en el pecho, y en las piernas grebas ó armaduras delgadas de oro que les cubrían de la rodilla hasta el pie. Las Señoras peinaban sus cabellos con piedras preciosas, usaban ricos brazaletes y collares, y solían pintarse la cara con rojo ó amarillo, los dientes con grana lo mismo que el pecho y las manos, y con negro los pies, y usaban muchos perfumes.

1. En Egipto la poligamia permitida por la ley no existía sino en la corte, pues todos los papiros demóticos contemporáneos muestran á los egipcios del pueblo como monógamos. (*Revue égyptologique*, 1^{er} année, 1880, pag. 133.)

Eran muy diestros en diversas artes y así tejían magníficas telas de algodón de distintos gruesos y colores; hacían otras telas de pelo de conejo y primorosos mosaicos de plumas de diferentes colores; esculpían admirablemente la piedra y la cantera á pesar de que no conocían el uso del fierro, el cual suplían con instrumentos de piedra y de cobre, y con el uso del esmeril trabajaban las maderas; hacían empleando el torno muy buenos y bonitos trastos de distintos barro, aunque sin usar del vidriado que desconocían, curtían perfectamente las pieles y trabajaban con esmero el oro y la plata puliendo además las piedras preciosas.

En arquitectura, aunque no conocían las puertas de madera, que suplían con esteras, ni el uso de los arcos, estaban sin embargo muy adelantados, y de ello dan prueba los magníficos edificios que encontraron los conquistadores y que tanto asombro les causaron, pues refieren que muchos había tan grandes, y con tantas estancias, aposentos y jardines, que se cansaban de recorrerlos antes que los hubieran acabado de ver, teniendo salas tan espaciosas que en alguna de ellas cabían tres mil personas, y sus azoteas eran tan grandes, que bien pudieran correr treinta hombres á caballo.

Todos sus edificios eran de terrado y los templos y palacios de cantería y tetzontle, las paredes bien enaladas las adornaban con mármol, tecalli, piedras preciosas, jaspes, telas de algodón, esteras y pieles, cubriendo el pavimento con vistosas esteras de palma de colores y con finos *petatl*.

En lo que parece fuera de duda que se hallaban bien atrasados, era en las bellas artes; pues su música era monótona y poco armónica, su pintura muy imperfecta y la encantadora poesía contaba con pocos adeptos, al grado que apenas han llegado á nosotros dos ó tres odas que revelan una literatura incipiente.

En cuanto á ciencias, cultivaban la astronomía, que como todos los pueblos antiguos, confundían con la astrología judiciaria, y se hallaban tan adelantados que gracias á ella medían el tiempo con más perfección que los europeos sus contemporáneos, siendo digno de notarse que cuando los conquistadores llegaron al país, en su cómputo iban atrasados cerca de diez días respecto del verdadero tiempo, mientras que los azteca sólo lo estaban en unas cuantas horas.

Aplicaban también la medicina, valiéndose para su ejercicio del

conocimiento que tenían de las virtudes de las plantas, á diferencia de los primitivos chichimeca, que cuando el enfermo no sanaba en tres ó cuatro días, sus parientes mismos le traspasaban la garganta con una flecha para que ya no sufriera la enfermedad, y los mexicanos ejercían además la cirugía produciendo al paciente la anestesia durante varias horas con el zumo de la mandrágora y otras plantas.

Ejercían el comercio, que tenían por una honrosa profesión, y al efecto celebraban cada cinco días ó fin de semana el *tianquixtli* ó mercado, en donde se reunían de diferentes partes en una inmensa plaza rodeada de portales, 50 ó 60,000 personas y en el resto de la semana 20 ó 23,000. En un lado de la plaza se colocaban los que vendían oro, plata, cobre, plomo, junto á éstos los que vendían piedras preciosas, después seguían los expendedores de cuentas y espejos, de obsidiana, luego los que tenían plumas y penachos, seguían los que tenían espadas y navajas de pedernal, luego los que proveían de mantas y tejidos de algodón, de pita ó de pelo de conejo con trajes diversos, adelante los que fabricaban calzado ó *caetli*, que eran unas sandalias de cuero estando las muy finas forradas de algodón de colores adornadas de oro; en una parte estaba el algodón, en otra el maíz y demás granos que servían para la alimentación, en distinto lugar los conejos, los ciervos, codornices, liebres, patos y gansos, en seguida huevos, miel, etc., más adelante vino, en otra parte verduras, cerca de allí las flores, en seguida las hierbas medicinales, después las maderas, cal y materias de construcción y así todas las cosas en el mayor orden.

Presidía el mercado un funcionario público que velaba por la exactitud de las pesas y medidas, el cumplimiento de las transacciones y el buen orden de los concurrentes; y para sus ventas, fuera del uso de las permutas, que era el más general, se valían de los grandes granos de cacao¹ y de la almendra llamada *patlachtl*, reservando para la compra de objetos de más subido precio las mantas de algodón denominadas *cuachtli* ó *patolcuachtli* y los cañones transparentes de plumas de ave llenos de polvo de oro que de esa suerte hacían las

1. Parece que el valor de 120 granos grandes equivalían á un real antiguo ó sea 10 á un centavo, según observaron algunos viajeros contemporáneos de la conquista.

veces de la moneda, llegando algunos historiadores á afirmar, que también empleaban, si bien en reducida cantidad, unas piececillas de bronce que designaban con el nombre de thachco, de donde se derivó nuestra palabra tlaco.

Los comerciantes en grupos numerosos, se trasladaban con sus efectos llevados en *huacallis* por los cargadores ó *tamanes*, de un lugar á otro, pues en cada ciudad el *tianguis* ó *tianquixtli* era en diverso día, y eran notables los de Tenochtitlán, Texcoco, Tlaxcala, Cholula y Huexotzinco.

Sus ciudades eran hermosas, con las calles amplias y bien orientadas, llamando la atención las de México, que por estar edificado sobre las aguas del lago, las más eran la mitad de terrado y la otra mitad de agua, por cuyo motivo á la vez que se transitaba en ellas, muchísimas canoas navegaban, por lo que se llamó por algunos europeos la Venecia americana, que contaba una población de más de 300,000 habitantes.

CAPÍTULO VII

Contribuciones, Idioma y Religión. — Organización social y política. — El Tlaxatecuclli. — El Cihuacoatl y el Tlatocan. — El ejército.

Para los gastos de la administración pública se destinaban los tributos que consistían ora en servicios personales, ora en cierta cantidad de productos, adornos, ú objetos de valor que pagaba cada pueblo en armonía con sus riquezas y producciones, y así unos pueblos suministraban algodón, otros maíz, éstos madera, aquéllos mantas, etc.; pero con tal abundancia, que según la matrícula de los tributos se percibían 1,328,000 mantas de todas clases; 72,000 maxtlatl; 96,000 huipilli, 4,000 cargas de algodón; 108,000 franegas de maíz; 90,000 de frijol; 90,000 de chíá; 683 armaduras de diversas clases; más de 3,000 manojos de plumas de quetzalli, verdes, coloradas y azules, y más de 24,000 manojos de plumas chicas de colores; 1,600 cargas de chilli; 2,000 panes de sal blanca; 1,200 vigas grandes; 1,200 tablas, 1,200 morillos, 1,200 cargas de leña; 80,000 otates para

lanzas y 80,000 más pequeños para flechas; 800 pieles de venado y 40 de tigre; 8,000 cargas de tabaco; 320,000 pliegos de papel de colores; 6,400 jicaras de diversos colores, 800 tecomates y 800 vasijas ó jarros de piedra y de barro; 4,000 equipales y petates; 200 cacaxtles; y además grana, ámbar, copal, hule y otras resinas y frutos, en grandes cantidades. Generalmente el tributo se pagaba cada ochenta días, pero muchos pueblos lo hacían una ó dos veces al año según lo habían pactado al tiempo de someterse.

Ante semejantes impuestos que eran recogidos por los calpixque y distribuidos por el cihuacoatl, no se sabe qué admirar más, si la riqueza y variedad de los productos, que revela ya un grado superior de cultura en aquel pueblo, ó el espantoso despotismo que significan tan onerosos impuestos, que mientras se consumían en el lujo refinado de la corte, se producían trabajosamente por un pueblo agobiado y condenado á sufrir y trabajar incesantemente para sus gobernantes!

El idioma que se hablaba en la mesa central de Anáhuac que se extiende hasta las riberas del río Toluolotlan y la monarquía chimalhuacana, y por el Golfo hasta las costas, era el *nahuatl*, aunque en diferentes dialectos y de diferentes modos, pues ciertos pueblos lo hablaban como cantando, algunos como gimiendo y otros como llorando; pero había otras lenguas abundantes. Los habitantes de Michihuacán hablaban el *tarasco*; los de Yucatán el *maya*; el *otomí*, los de Toluacán; los de Oaxaca el *zapoteco-mixteco* y *chontal*; los de Chiapas y Tabasco el *tzendal*, el *chapaneco* y el *zoque*, los de Sinaloa el *cahitas*, el *magu* y el *yaquí*, y en otras partes el *pirindo*, el *cora*, el *mixteco*, el *tononaco*, el *hiaquí*, el *pericú*, el *guaycura* y el *cochimi* pudiendo clasificarse en 44 familias las lenguas del país, 33 idiomas y 85 dialectos.

La religión de aquellos pueblos era la idolatría; creían en la existencia de un Ser supremo llamado *TEOTI* y á quien por juzgarlo incomprendible, no lo representaban de ningún modo; pero deificando sus distintos atributos, adoraban á trece dioses principales.

La teogonía nahoá fué sufriendo algunos cambios según las diferentes épocas y los diversos pueblos. En un principio, reconociendo la existencia de un ser creador, anterior á todas las cosas, como causa primera, adoraron al sol suponiéndole tal carácter y llamándole *Ometecuhli*, que quiere decir señor dos, porque comprendiendo

la idea de la unidad del dios creador, supusieron que en sí mismo tenía el germen de la reproducción, representada en la naturaleza por la dualidad de los sexos. El mismo sol ometecutli, considerado como la primera creación de sí mismo, era llamado Tonacatecutli, señor de nuestra carne ó señor que nos alimenta, porque el astro del día vivifica con sus rayos, atribuyéndole en ese concepto por esposa á Tonacacihuatl, la tierra, de cuya unión nacieron Quetzalcoatl, la estrella vespertina y Tezcatlipoca, la luna. Seiscientos años después, por acuerdo de los dioses fué creado el fuego y más tarde un hombre y una mujer denominados Cipaclli y Oxomoco que formaron los días del tonalamatl y fueron el tronco de la humanidad. Además llamaban al sol Tonatiuh cuando lo consideraban simplemente como astro; Tzontemoc, el que cayó de cabeza, cuando va á ocultarse en el horizonte; y Miellantecutli ó señor de los muertos, cuando había ya desaparecido después del ocaso, por suponer que al ponerse por las tardes, iba á alumbrar á los muertos.

HUITZILOPOCHTLI (*izquierda de pluma de colibrí*) era su dios principal y la deidad más sanguinaria del nuevo mundo. Se llamaba también MEXITLI ó dios de la guerra y lo suponían nacido de Coatlícue, joven doncella que al estar barriendo el templo de Coatepec en la antigua Tollán, vió caer del techo una bola de plumas de colibrí, la cual guardó en su seno, en cuya virtud dió á luz al dios, que tenía la pierna izquierda muy delgada y cubierta de plumas de colibrí.

El idolo que lo representaba, era de madera, de gran tamaño; tenía la forma de un hombre sentado sobre un escaño de color azul, para denotar que el cielo le servía de asiento.

Las otras divinidades eran *Cihuacoatl* ó Coatlícue, madre y señora de los dioses; TEZCATLIPOCA (*espejo reluciente*), dios creador; TLALOC, dios del agua; TONATIUH, el sol; METZTLI, la luna; QUETZALCOATL, dios del aire; XIHITEUCTLI, divinidad de la hierba; CENTEOTL, diosa del maíz; MIXCOATL, de la caza; XIPE, dios de las minas; XICATEHUETLI, del comercio; MICTLATEUCTLI y MITLANCIHUATL su esposa, dioses del infierno.

Á más de éstos había otros muchos de menor importancia y aun cada familia tenía sus idolillos ó lares y penates, que llamaban TEPITOTON ó dioses chicos.

Siendo aquellas naciones profundamente religiosas, para darles

culto tenían edificados innumerables templos, pues sólo en Tenochtitlán había 300 *teocalli* (casa de dios) y 140 santuarios ó capillas.

El principal era el de Huitzilopochtli que consistía en una gran cerca ó muro cuadrado (*coatepantli*), hecho de piedras con figuras labradas de serpiente, y cuya cerca tenía cuatro grandes puertas en dirección de los puntos cardinales, de cuyas puertas salían unas calzadas de una y dos leguas, en dirección de Tlacopán, de Tepeyacac, de Coyohuacán y de la costa de la isla donde terminaba la ciudad.

En el centro estaba una gran plataforma ó meseta cuadrangular de cuatro metros de altura, á la que se subía por una sola escalera ancha y encima de tal plataforma se hallaba otra menos extensa, pues dejaba al rededor una faja ó grada algo ancha, y así sucesivamente hasta el último piso que era el cuarto en el que estaban dos capillas de dos cuerpos de altura, hallándose en una Huitzilopochtli y en la otra Tezcatlipoca; entre las dos, y muy cerca de la orilla de la grada se veía la piedra de los sacrificios (*techcutli*). Á la parte superior se subía por dos escaleras que comunicaban los diferentes cuerpos ó pisos y que tenían cada una la mitad de la anchura de la anterior, á cuyo pie estaban los dos grandes braseros en que sin cesar ardía el fuego sagrado que se renovaba al principio de cada siglo. El patio enlosado con bruñidas piedras servía para las ceremonias y fiestas y había en él otros muchos teocalli menores, fuentes para los lavatorios, salas para los sacerdotes y almacenes de guerreras armas y vestiduras.

Frente á la torre del teocalli se hallaba el famoso *Tzompantli*, que era una barda de 70 vigas clavadas en el suelo á distancia como de un metro unas de otras; en los extremos había dos torrecillas cubiertas de calaveras humanas y atravesadas de las vigas de arriba á abajo, una porción de varas en las que estaban ensartadas muchísimas calaveras, que se reponían según se iban descomponiendo, y en tan gran número, que testigo presencial hay (Andrés de Tapia) ¡que afirma haber contado ciento treinta y seis mil cabezas!

Honraban á sus idolos con sangrientos sacrificios, pues aunque el culto de los tolteca consistía en ofrendas de flores y resinas aromáticas, al que los chichimeca añadieron el sacrificio de cordornices y otras aves, los azteca fueron los primeros que derramaron la sangre

humana en aras de sus dioses, y tal costumbre probablemente la tomaron de los asiáticos en los más remotos tiempos ¹.

Tenían cinco especies de sacrificios, el ordinario de extracción, en el cual cinco sacerdotes llamados *chachalmeca*, colocaban a la víctima sobre la piedra de los sacrificios, *techcatl*, y el sexto ó sumo pontífice á quien llamaban *topiltzin*, le arrancaba el corazón con una filosa navaja de pedernal y levantándole en alto lo ofrecía al sol y lo llevaba á los pies del ídolo, entre tanto los *chachalmeca* recogían la sangre en grandes vasos, con la cual el *topiltzin* untaba la boca del dios y hacia los usuales asperges, arrojando de un puntapié el cadáver de la víctima por las gradas del templo, el cual era recogido por el dueño si era esclavo, ó por el que lo hubiese aprehendido si era prisionero, quien comía parte de él en señal mística, pues la víctima se santificaba.

El gladiatorio, que sólo tenía lugar con los prisioneros de guerra, y

1. Por más repugnantes que parezcan los sacrificios humanos de los azteca, hay necesidad de considerarlos en sus justos límites. Fenelón decía que mejor quisiera vivir en donde se blasfemara de Dios, que en donde para nada se hablara de Él, pensamiento que el señor Orozco y Berra manifiesta al decir que prefiere la víctima humana, á la ausencia de Dios y de su altar, en el sistema del ateo.

Los sacrificios azteca no eran el resultado del salvajismo, del instinto sanguinario ó de la falta de ideas, sino por el contrario, emanaban de una exaltación de los principios religiosos, del fanatismo, y por eso Moteuhzoma II le explicó á Cortés la razón del sacrificio diciéndole: « Nosotros tenemos derecho de quitar la vida á nuestros enemigos; podemos matarlos en el calor de la acción, como vosotros hacéis con los nuestros. ¿ Y por qué no podremos reservarlos para honrar con su muerte á nuestros dioses? » De suerte que de la falsa idea que tenían de la guerra y de la religión, provino tan detestable práctica, ni más ni menos que como respecto á la libertad sucedió entre los romanos, que sosteniendo el principio de que si podían matar en la guerra á sus enemigos, con mucha más razón podían hacerlos esclavos, fomentaron y legalizaron la esclavitud, que si bien no ataca el derecho de vida, destruye el de libertad, que por ser resultado de la naturaleza es tan sagrado como aquel.

Por otra parte, los sacrificios humanos han sido practicados por casi todas las naciones de la tierra y así dice César Cantú: « La mayor parte de los pueblos han inmolado víctimas humanas. Fenicios, egipcios, árabes, cananeos, habitantes de Tiro y de Cartago, persas, atenienses, lacedemonios, jónicos, todos los griegos del continente y de las islas, romanos, antiguos bretones, hispanos, galos; todos han estado igualmente sumergidos en esta horrible preocupación. »

Los mismos israelitas llegaron á inmolat víctimas humanas y aun Jepté

que consistía en una lucha entre la víctima que estaba atada de un pie en el centro de una gran piedra redonda llamada *temalacatl*, y el que la había aprisionado y que peleaba libremente; si la víctima era vencida se daban distintivos honoríficos al vencedor; y si éste era el que sucumbía, se emprendía nueva lucha con otro guerrero, necesiándose que el prisionero venciera á otros seis para que pudiera conquistar su libertad, entendiéndose vencido el primero que fuera herido, el cual inmediatamente era llevado al *techcatl* donde se le sacaba el corazón.

El de degollación consistía en cortarle la cabeza a la víctima sobre el *cuauhxicalli* (vaso de las águilas), que era una piletta de piedra labrada, y una vez hecho esto, le extraían el corazón y lo ofrecían del modo ordinario.

El de saetas, usado sólo en Cuahtitlán, consistía en exponer á las víctimas atadas ante una muchedumbre que disparaba sobre ellas sus flechas, después de lo cual los sacerdotes les sacaban el corazón como siempre; y el del fuego, que consistía en arrojar á los desgraciados en un gran fogón y sacarles después el corazón.

sacrificó á su propia hija; los druidas sacrificaban hombres en las Galias y la Bretaña y en fin, escribe Scherr en su obra *Germania* ó dos mil años de Historia alemana: « Pero es indudable también que los altares de los dioses germanos se humedecían con sangre humana; Tácito confirma terminantemente los sacrificios entre los semmones, queruscos y hermunduros y la misma veracidad tienen otros testimonios antiguos, que prueban tan terrible fanatismo entre los godos, sajones, francos, turingios y frisones. Sin embargo, la costumbre del sacrificio humano se ha conservado más tiempo entre los germanos escandinavos que entre los alemanes. La fiesta anual de la gran diosa de la tierra NERTUES descrita por Tácito terminaba con el sacrificio de todos los esclavos que desempeñaban el servicio santo, considerado como culto secreto. LA SANGRE CORRÍA EN ABUNDANCIA en el sacrificio de las grandes fiestas de nuestros antepasados, sobre todo en la época de los solsticios de invierno y de verano. » (Barcelona, 1882, pág. 39.)

Por tanto el principio bárbaro del sacrificio humano, ha sido común á todas las naciones, por lo que el hecho de ser más frecuente entre los azteca no es sino una circunstancia agravante. Hay además que considerar que no conocían la religión revelada ni menos la filosofía cristiana; pero que en sus costumbres jamás usaban ni aun por vía de pena los suplicios y tormentos. Estas mismas ideas han emitido eruditamente los señores licenciados don J. Fernando Ramírez, don Manuel Orozco y Berra y el doctor don Agustín Rivera.

Estos corazones unas veces los quemaban, otras los enterraban, algunas se los comían y otras por fin los conservaban. No sabiéndose cuál era el número de las víctimas que anualmente se sacrificaban, se han emitido diversos pareceres, pues mientras fray Bartolomé de Las Casas lo fija en un centenar, el señor Zumárraga cree que era de 20,000. Las bases que pueden servir para apreciar ese número son las siguientes: se sacrificaban todos los prisioneros de guerra y en las campañas se prefería tomar cautivos, que herir ó matar; los mexicanos casi siempre estaban en guerras por sus conquistas, y cuando estaban en paz, hacían lo que llamaban *guerra florida*, que era una campaña pactada con el único fin de tener prisioneros, entre México, Tlaxcala, Cholula y Hnuxotzingo; hay que añadir los que se inmolaban en la coronación de los reyes y los esclavos que se sacrificaban.

Los sacerdotes se pintaban el rostro y cuerpo de negro, usaban la cabellera larga y enmarañada recogida por una correa con adornos de papel de colores y vestían según las ceremonias, mantos blancos con figuras negras; eran muy observantes de sus ritos, grandes penitentes que se imponían los más dolorosos suplicios, y eran muy respetados é influentes en la sociedad.

Dábanles a sus dioses culto también con danzas y fiestas, procesiones y cantos sagrados. Oraban en los templos con gran reverencia sentados en cuclillas que era la mejor y más humilde posición; ayunaban en algunos meses del año, y hacían atroces penitencias, que consistían en horadarse con una espina de maguey la lengua, las narices, las pantorrillas ú otras partes sensibles del cuerpo y pasarse por tal agujero cordeles de veinte, cincuenta ó más metros, según la gravedad y devoción.

Finalmente acostumbraban algunos ritos y ceremonias que, siendo enteramente gentiles, tenían mucha semejanza con los sacramentos del bautismo, de la penitencia y de la comunión, en la Iglesia católica; pero entre sus leyendas fabulosas y tradiciones, merece especial mención la del famoso QUETZALCOATL.

Por los siglos x ú xi aparecieron por las costas de Pánuco unos hombres blancos, barbudos y con trajes talaes, manifestando intenciones pacíficas, de suerte que fueron bien recibidos. Se internaron en el país y llegaron al reino de Tollán, en cuya ciudad se establecieron, siendo el jefe y señor de ellos Quetzacoatl, hombre

blanco, alto de cuerpo, de hancha frente, grandes ojos, barba cerrada y larga cabellera negra. Casto, amantísimo de la paz, justiciero, sabio y prudente, les enseñó á labrar los metales, á cultivar mejor la tierra y á usar de otras industrias desconocidas, predicándoles una nueva religión, inspirándoles amor á sus semejantes, penitencia y la práctica de las virtudes.

Por sus doctrinas, por su conducta y por su saber alcanzó una gran popularidad entre una considerable parte de la población, y así fué que vivió algunos años estimado y en la opulencia; pero después por una reacción del culto antiguo, fué perseguido y salió de Tollán quemando su casa y ocultando sus riquezas, se dirigió á Cholollán donde estuvo algún tiempo, partiendo después de una manera misteriosa para Yucatán donde fué conocido con el nombre de Kukulcán ¹.

Entonces fué deificado por aquellos pueblos á quienes se había mostrado como civilizador enseñándoles artes útiles, como pontifice de una nueva religión, y principalmente como profeta, pues anunció que con el tiempo vendrían del Oriente hombres blancos y barbudos que destruirían la independencia de las naciones existentes y las conquistarían irremisiblemente, acabando con sus reinos, su religión y su raza.

Aquella profecía emanada de un hombre superior por su ciencia, su virtud y aun su color y traje, se grabó profundamente en el espíritu de los naturales, que la transmitieron por una no interrumpida tradición, y por eso se ha visto que en los tiempos en que los europeos aparecieron en América, se recordó al punto esa antigua profecía, que allanó el camino de los conquistadores más eficazmente que sus espadas y valerosos brazos; pues Motecuhzoma, pontifice supersticioso, creyó que oponerse á los conquistadores, era lo mismo que oponerse á los dioses; procurar evitar su caída, equivalía á luchar contra el destino, pues estaba escrito.

No puede creerse en que Quetzalcoatl fuese un mito, porque la

1. No sólo están conformes las tradiciones de estos dos diversos pueblos en cuanto á un mismo personaje, sino que aun la etimología en lenguas tan diferentes es una misma, pues en nahuatl el nombre se deriva de *Quetzal* y *Cohuatl*, serpiente de plumas verdes ó de quetzal (ave de la cual las tomaban), y en maya *Kukul* significa pájaro de plumas de color, y *Can*, serpiente.

tradicción de diferentes pueblos, así como pinturas y templos testimoniaron la realidad de su existencia, y por esto los autores antiguos no podían encontrar quién fuese, llegando algunos a suponerlo santo Tomás apóstol y otros santo Tomás de Meliapor, sin considerar que para que fuese cierta tal hipótesis sería necesario dar á aquéllos una vida más larga que la de Matusalén.

Hoy, gracias á las nuevas investigaciones históricas, es más fácil la explicación de Quetzalcoatl, pues estando demostrado que la América fué descubierta desde el siglo x, es muy racional y probable que algún naufrago ya sea misionero islandés ú otro, llegara á las costas mexicanas, y debido á la superioridad de su civilización, alcanzara el alto renombre que después de su desaparición lo deificó. Tal personaje con mucha facilidad pudo prever la futura venida por el Oriente de los conquistadores sin necesitar para eso del don de profecía.

Se supone que Quetzalcoatl introdujo la cruz entre las gentiles naciones de Anáhuac, y que á él son debidas las que se han hallado en diferentes partes, con excepción de la del Pelenque que indudablemente es de fecha anterior al cristianismo.

El principio dominador de la sociedad de los mexica era el de la comunidad y de la conquista: la libertad individual y la propiedad privada, apenas esbozaban y el respeto á la independencia de los pueblos era desconocido.

Los reinos de México, Texcoco y Tlacopan con su alianza llegaron á formar el núcleo más fuerte de gobierno y de poder, en un territorio vastísimo, cual era el mexicano, que se encontraba fraccionado en multitud de pueblos aislados y débiles. En ese estado la guerra era incesante y por todas partes se hacían conquistas sangrientas que alteraban constantemente los límites de las entidades políticas y aniquilaban por completo el sentimiento de la nacionalidad, á la vez que sembraban el germen de un odio profundo contra los señores.

Las conquistas no llevaban por consecuencia la permanente ocupación militar, sino tan sólo la imposición del tributo: vencido un pueblo, se le obligaba á efectuar tales y cuales pagos y hecho el ofrecimiento solemne de verificarlo, se retiraban las tropas victoriosas dejándolo abandonado á su miseria y á sus propósitos de revancha, bajo el mando de sus señores y conservando las costumbres de su pueblo.

La división del pueblo en nobles ó patricios, *teculli*, y plebeyos ó *macehualli* estaba profundamente arraigada en sus costumbres, en sus leyes y en su organización. Llegaron á contarse treinta señores de á cien mil vasallos y tres mil de pequeños pueblos.

En la multitud de funcionarios civiles, religiosos y militares descolaban el Tlacatecutli ó señor suzerano, jefe del ejército; el *Cihuacoatl* ó supremo sacerdote, jefe además del tribunal superior y que sólo cedía en dignidad al rey; el *Tlacochealcatl* ó segundo en jefe del ejército, príncipe de los que arrojan dardos.

La más importante de las instituciones políticas era la del *Tlatocan* ó Consejo de Estado presidido por el rey y formado de doce grandes señores llamados *tlatoani*, quienes divididos en cuatro cámaras, conocían de todos los negocios públicos.

El ejército se formaba en tiempo de paz en Tenochtitlán de seis mil hombres distribuidos en escuadrones de 200 unos y de 400 otros con un jefe cada uno, llamado *Telpuchtlato*. Cada escuadrón se dividía en compañías de 20 hombres cada una, mandadas por el capitán ó *yaoquizcatepocho*.

En Texcoco había igual número de tropas y en Tlacopan cerca de 2000; pero la supremacía militar la ejercía siempre el reino Aztecall y por eso el mando de todos los ejércitos cuando llegaban á reunirse, correspondía al rey de México.

CAPÍTULO VIII

Monarquía de Michihuacán. — Primeros pobladores. — Diferentes reyes. — Civilización. — Origen del nombre tarasco.

El reino de Michihuacán era con excepción del de México, el más vasto y poderoso que existía en el territorio que más tarde se llamó Nueva España, y su nombre significa *pais de pescadores*, quizá por haber tenido esa industria los primeros habitantes, en virtud de abundar la pesca en los diversos lagos de su territorio.

Aseguran sus crónicas que cuando tuvo lugar la emigración de la raza nahuatlaca, al pasar por el lago de Pálcuaro, muchos de